

voy á hacer, porque sé que sois un hombre de sentimientos elevados: voy á revelaros los secretos de mi familia, confiada en vuestra lealtad y en el amor que profesais á Esperanza.

—Señora, me haceis sobrada honra, y os aseguro que no os arrepentireis jamás. Hablad.

—Don Leonel, sabéis que yo siempre me he opuesto á que Esperanza, mi hija, se case, y eso aun despues que supe que vos érais el objeto de su amor; pero vos no comprendereis sin duda el motivo de mi oposicion, ¿es verdad? Quizá os parecerá una locura, una monomanía, un delirio.....

—Señora....

—No, no os avergonceis, que ni digo que vos lo hayais pensado, ni aun cuando así fuese, careceríais de razon, porque no conoceis nada de lo que tengo que deciros: Don Leonel, supuesto que insistís en vuestro amor, es preciso que sepais cuál es la familia de vuestra prometida, y que os desengañeis de que no puede ser esposa vuestra mientras los criollos no sacudan el yugo de sus opresores: cuando conozcais todo esto, entonces, prometedme hablar con franqueza, y decidme si vuestro amor vive á pesar de todo, ó si vuestra razon, mas fuerte que ese amor, os aconseja olvidar á Esperanza.

—¿Olvidarla? ¡Ah, señora, qué palabra habeis dicho! ¿Qué suponeis de mí?

—Nada supongo, Don Leonel, sino que sois jóven y estais apasionado: por lo demás, oid, y cuando sea tiempo contestadme con entera lealtad.

Don Leonel iba á contestar, cuando Doña Juana se levantó serena y le dijo con dulzura:

—Esperadme, que voy á traeros una cosa que debéis ver.

Don Leonel se levantó tambien por respeto.

XII.

Cuéntase lo que hablaron Don Leonel y Doña Juana de Carbajal.

ASENTÓSE Doña Juana en un sitial, y en otro inmediato Don Leonel: estaban enteramente solos en la biblioteca: el silencio era tan profundo, que podia oírseles, y la escena estaba alumbrada por un gran candil de bronce colocado sobre la mesa y que reflejaba su vacilante resplandor sobre los viejos libros forrados en pergamino y sobre los encendidos colores de los vestidos y mantos de plumas que pendian de las paredes.

Don Leonel esperaba con impaciencia que comenzase á hablar Doña Juana, en tanto que ella, apoyando su brazo en el del sitial y absorta en sus meditaciones, parecia haberse olvidado de que no estaba sola.

Doña Juana, semejante á una estatua de alabastro, no movia ni siquiera los párpados; así se mantuvo un largo rato, hasta que de repente pareció animarse, alzó la cabeza, miró á Don Leonel y le dijo con una voz tranquila y dulce:

—Leonel, ¿jamais mucho á Esperanza?

—Mucho—contestó con entusiasmo el jóven.

—Pues bien, creo que no será una imprudencia lo que

—Sentaos—le dijo Doña Juana—sentaos, y no os impacientes si os parece que tardo: supongo que esta noche no tendreis qué hacer porque no hay reunion, y además, esto es un asunto que interesa demasiado á vuestro porvenir por mas de un motivo, y que bien merece que le sacrificueis un poco de tiempo.

—Señora, estoy enteramente á vuestras órdenes.

—Bien, ya vengo; entretanto tomad un libro para distraeros del fastidio.....

Doña Juana abrió la puerta secreta y desapareció.

Cuando Leonel se encontró solo, comenzó á examinar el aposento; habia allí objetos que llamaban su atencion, pero que necesitaban estudiarse uno por uno para comprender lo que eran.

El jóven, aprovechando el permiso de Doña Juana para tomar un libro, se levantó de su asiento, y á la escasa luz del candil comenzó á examinar aquella especie de museo.

Los libros, sin embargo, fueron los que menos llamaron su atencion; soldado desde su infancia casi, el amor á las letras no era sin duda el distintivo de su carácter; pero habia en cambio allí otras cosas que excitaron su curiosidad.

Eran, á no dudarlo, armas é instrumentos de música antiguos, pero todos de una riqueza y de un trabajo artístico, maravilloso; arcos de maderas preciosas y desconocidas, flechas y lanzas con puntas de piedras brillantes y de diversos colores, las unas con ese verde dulce de la esmeralda, las otras con el encendido color del granate, las demás allá con la transparencia del cristal, ó con ese blanco de las grandes masas de nieve.

Las *macanas* de los antiguos señores de la tierra con incrustaciones primorosamente colocadas, representando figuras fantásticas de hombres, de animales, de flores, con

los cortes de piedras tambien raras y sorprendentes, pero cortantes y agudas como la mas bien templada cimitarra de Damasco.

Escudos de pieles resistentes como una adarga española, con caprichosas formas y adornados con piedrecillas y conchas, y teniendo en el centro, como el chorro de una cascada, un penacho de plumas de aves desconocidas, pero que caian, por decirlo así, ligeras y flotantes, ostentando sus colores vivísimos sobre el negro fondo del escudo.

Los trages, los mantos, las diademas con sus penachos, eran materialmente unas nubes de colores que flotaban al impulso solo del aliento, y entre las cuales se percibian los destellos del oro, de la plata y de las piedras preciosas.

Y todo aquello parecia estar conservado y cuidado con una religiosa dedicacion, porque no se notaba en todo ni la huella del tiempo, ni aun el menor vestigio de polvo ó de maltrato.

Aquello era, á no dudarlo, un resto de esplendor y magnificencia de la casa de alguno de los poderosos emperadores aztecas, que la familia de Doña Juana conservaba mas como una reliquia que como un tesoro.

Doña Juana salió por la puerta secreta de la biblioteca, pero no se dirigió por el pasillo y las habitaciones por donde tenia la casa comunicacion para la calle, y por donde otra vez la hemos visto salir, sino que abrió una puerta que á la derecha estaba, atravesando á oscuras dos cámaras, y llegó á una tercera que estaba alumbrada.

Era una estancia espaciosa, pero abrigada, que recibia la luz durante el dia por dos elevadas ventanas cubiertas por finos tejidos de ixtle, que los mexicanos llaman *ayate*: por la parte de afuera tenian gruesas rejas de fierro, y por la interior pesados batientes de madera que cerraban herméticamente: en uno de los ángulos habia una gran cama

de madera con caprichosos tallados, y encima de los gruesos colchones de pluma se tendía una manta de algodón tejida de diversos colores: en la estancia se advertían armarios de madera con grandes chapas, algunos siales tapizados de baqueta, y cubierto el piso con esteras ó *petates* finísimos de palma, y sobrepuestos de manera que apenas se percibía el ruido de las pisadas.

Cerca de la cama, en un enorme sitial cubierto por multitud de almohadones de plumas, estaba un hombre, tan anciano, que difícilmente podría haberse fijado su edad, si de su boca no se hubiera escuchado.

Aquel hombre parecía pertenecer á la raza indígena pura; su cabello y su escasa barba estaban completamente blancos, su cutis era seco y con ese brillo que da la vejez, sus manos estaban trémulas y su cabeza vacilante.

El viejo estaba enteramente envuelto en una gran bata de algodón blanca perfectamente acolchada, y entre sus profusos pliegues se perdían las formas del cuerpo.

Su cabeza estaba descubierta.

Sin embargo, en medio de aquella destrucción, de aquella ancianidad, podía notarse en la boca del anciano una dentadura blanca y bien conservada, sin más indicio de vejez que el advertirse un poco gastados los dientes incisivos.

El anciano leía un gran libro á la luz de una bujía de cera, sin auxilio de gafas, y volvía las hojas con su mano trémula, apoyándose en el pupitre que sostenía el libro.

—Buenas noches, padre mio—dijo Doña Juana al entrar.

—Dios te bendiga, hija mia—contestó el anciano alzando la cabeza,—¿qué andas haciendo?

—Padre mio—dijo la dama besando la mano del anciano, vengo á tomar el libro de nuestra familia.

—¿Y á quién vas á leersele?

—A Don Leonel de Salazar.

—Bien; por lo que me has contado, puede y debe verle.

—Así lo he creído.

—¿En dónde está?

—Esperándome en la biblioteca.

—No le hagas aguardar; que á ese jóven quizá Dios lo haya escogido para salvar á nuestro pueblo.

—¿Qué lees, padre mio?—dijo Doña Juana, mientras que con una llavecita de plata abría uno de los cajones de un armario.

—La Biblia, hija, la Biblia. Es el único libro que me consuela y me alienta en mis desgracias.

—Vuelvo á veros pronto.

—Anda, hija mia, anda, y fortalece á nuestro jóven en sus heroicas resoluciones.

Doña Juana salió, y el anciano despues de contemplar la puerta por donde ella había desaparecido, exclamó dando un suspiro:

—¡Dios os alumbre!—y volvió á continuar su lectura.

Don Leonel continuaba absorto en la contemplación de los objetos que tenía á la vista, cuando sintió el ruido que hacía Doña Juana al entrar. El jóven se avergonzó de que le hubiera sorprendido en aquel acto de curiosidad; pero la dama sin parar en ello la atención, le dijo:

—Don Leonel, lo que os voy á entregar es casi un tesoro, porque es la historia de mi familia: leed este libro, y luego venid á verme.

Y al decir esto le entregó una cajita de ébano perfectamente barnizada, y de la que pendía una llavecita de oro por medio de una cadenilla del mismo metal.

Don Leonel la recibió con una emoción que él mismo no podía explicarse.

—Llévaooslo—continuó Doña Juana—porque esa lectura es larga y requiere tiempo y recogimiento: no os fijo plazo para que la termineis, pero procurad apresuraros; muchos han escrito en ese libro que no ven ya la luz.

Don Leonel guardó en su seno la cajita, y tomó su sombrero.

—¿Os retirais?

—Sí, señora; ardo en deseos de conocer esta historia que tanto me interesa, y cada momento me parece un año.

—Bien, seguidme.

Doña Juana sacó á Don Leonel de la biblioteca.

En la sala esperaba aún Esperanza.

Don Leonel oprimió la mano de su prometida con efusion, y salió de la «casa colorada» estrechando contra su seno la cajita de ébano, y en su mano derecha la culata de uno de sus pistoletes.

XIII.

Cómo es muy cierto aquello de que "el hombre pone y Dios dispone."

EN el momento en que Don Leonel llamaba á la puerta de su casa, otro hombre llegaba por el lado opuesto de la calle.

—¿Leonel?—dijo el que llegaba.

—Hermano—contestó el jóven reconociendo al Padre Salazar.

—Dios te envia en el momento en que mas te necesitaba.

—¿Qué ocurre pues?—preguntó Don Leonel, contrariado en su determinacion de encerrarse aquella noche á leer el libro de Doña Juana.

—Cosas muy graves.

—¿Muy graves? Explicáte.

—No es este lugar á propósito.

—Pues vamos entonces á tus habitaciones.

—Tampoco, porque los criados ó mi padre podrian sospechar alguna cosa.

—Entonces ¿qué quieres que hagamos?

—Que vengas conmigo en este momento, pues solo por hablar contigo y para llevarte he venido.

Don Leonel reflexionó un momento.